

Hernando Tejada, Sin título, 1948, [Cartagena-Providencia], dibujo a lápiz sobre papel, 21 x 17 cm, colección Museo de Arte Moderno de Medellín

Las músicas afrocolombianas, un baúl por explorar

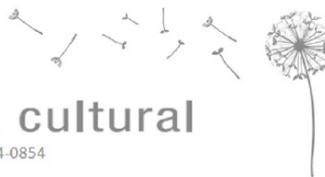
Alejandro Tobón Restrepo

Nos contaba Orhan Pamuk, en el discurso pronunciado en Estocolmo cuando le otorgaron el Premio Nobel de Literatura en el año 2006, que su padre, dos años antes de morir, le entregó una maleta que contenía sus manuscritos, y que mostrándose un poco avergonzado, le dijo que le gustaría que abriera y leyera su contenido después de que él se hubiera ido... “Fíjate, le decía, si hay algo que pueda servir”.

No voy a contar hoy lo que encontró Pamuk en los manuscritos de su padre, sólo quería narrar esta anécdota porque creo que con ella puedo expresar el sentido de lo que son para mí las músicas afrocolombianas y, en general, las músicas que nos identifican como pueblo.

Siempre he pensado que las diversas culturas que constituyen nuestro país nos

legan permanentemente inmensos baúles cargados con lo que nos asemeja y nos diferencia; baúles que han sido llenados lentamente con las historias que hombres y mujeres construyen a lo largo de su vida; baúles de ritos y fiestas, de músicas, pinturas, cuentos y poesías que alegran el diario vivir o que simbolizan y retratan el dolor, la angustia y la pesadumbre; baúles con la sabiduría popular y el conocimiento científico largamente decantados; baúles repletos de fe y también de desesperanza; baúles con la sapiencia de los viejos y los sueños de la juventud; baúles con olor a selva y a montaña, a río y a cosecha, y también con el sabor y la sonoridad del bullicio de las ciudades; baúles, muchos baúles; baúles que ignoramos, que dejamos en un rincón sin abrir, o en los que indagamos su contenido superficialmente, siempre esperando el momento oportuno para acercarnos a ellos.



¿Acaso el ritmo atroz de la vida actual nos deja tiempo para explorarlos, para conocerlos, para apropiarlos? El paradigma vigente de producir y trabajar nos niega el derecho a ver, escuchar, sentir, palpar, oler, mirar alrededor, saber qué piensa y qué opina el otro. Los baúles están cerrados, siguen esperando. ¿Será que como propone el padre de Pamuk tendremos que morir para que nuevas generaciones abran las maletas que nosotros y nuestros antepasados hemos ido llenando a lo largo de la vida?

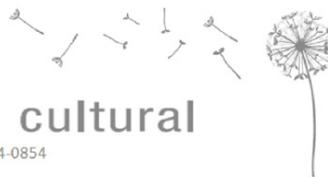
Al escudriñar entre los legados de las culturas negras, Colombia es privilegiada. Ya desde 1513 sabemos, por el escribano Andrés de Valderrábano, que Ñulfo de Olano, “negro ladino”, acompañó a Balboa en el avistamiento del “mar del sur”; lo que, en otras palabras, quiere decir que no tuvimos que esperar hasta la trata esclava para que estas culturas afro llegaran a nuestro territorio. Pero resulta igual de interesante comprender que el término ladino implica que este hombre estaba familiarizado con la cultura ibérica de la época: el mestizaje había empezado. Efectivamente, el baúl se viene llenando hace exactamente quinientos años, tiempo que, por demás, transcurre entre múltiples encuentros y desencuentros desde donde surgen diversas culturas negras, mulatas, zambas... un negro que ya no es tan negro, un blanco que ya no es tan blanco... culturas color Colombia. Pero ¿cómo reconocer en el otro al que en nosotros está? Nos cuesta mucho, y si acaso lo vemos, lo asumimos en pequeños trozos, no en la totalidad... Aun así, mi piel es india-mestiza, mi voz es negra-blanca...

Las músicas nos cuentan del territorio, de la historia, del amor y del desamor, de la guerra y de la paz, de la vida y de la

muerte; nos dejan ver a través de la selección de instrumentos musicales cuán profusos y creativos hemos sido; nos permiten escuchar a través de sus voces el arrullo, la alabanza, el regocijo o la búsqueda de libertad. Siempre viene a mi mente la imagen de las mujeres atrateñas lavando en el río: mientras estregan con el *rayo* o golpean con el *manduco* la ropa, cantan romances y canciones “para divertirse o para disipar las penas”. El río tiene voz cuando el agua pasa por el *rayo*, igual que el *manduco* o la piel de las manos en el constante ritmo del trabajo.

Pero las músicas están en el baúl, no las hemos escuchado, no hemos comprendido lo que ellas encierran. A lo sumo, cuando abrimos el baúl superficialmente, las entendemos como aquello exótico que incita al baile, a la fiesta. Las reducimos a la mínima expresión. Es como vivir en una ciudad, conocer sus calles y no lo que ellas encierran, no saber de sus poetas y sus personajes, ni de cómo transcurre la vida. ¿Qué sabemos del currulao, el berejú, la juga, el abozao, la caderona?, ¿qué funciones y qué usos cumplen en sus pueblos?, ¿y de los cantos zambos y mulatos del Atrato chocono-antioqueño, o del Caribe multicolor?, ¿y de las oraciones entonadas?, ¿cómo se han configurado las expresiones urbanas de nuestras ciudades, dinámicas sonoras afroamericanas que se reconocen locales y globales al mismo tiempo? No todo corresponde al modelo de música para divertirse o festejar o, lo que es peor aún, música para oír y no escuchar.

Porque la música es expresión integral del pueblo que la origina. Toda expresión musical, por tanto, revela situaciones históricas, sociales, económicas, ambientales, políticas y filosóficas concretas, con-



textos diferenciados de una comunidad a otra, de una región a otra. En tal sentido, es necesario entender y descifrar en la música lo que encierran tanto los lenguajes sonoros como los comportamientos humanos y las realidades circundantes que la condicionan y que le dan origen.

Y surgen otras inquietudes: ¿tendremos que seguir admitiendo, renovando la antinomia que diferencia las músicas populares y tradicionales de las expresiones académicas?, ¿cuándo podremos asumir como pueblo multicultural que la cultura es *la cultura* en su enorme variedad y complejidad — desde las búsquedas cotidianas empíricas hasta las más sofisticadas abstracciones intelectuales —?, ¿cómo desarrollar en el ciudadano común la capacidad objetiva o medianamente crítica para situarse frente a su propia historia?

Si el objetivo es reconocer nuestro legado, ello supone no aplazar indefinidamente la apertura de estos baúles que, en últimas son la entrega de los resultados que las comunidades transmiten a sus propios pueblos; es necesario ir construyendo, aquí y ahora, y desde procesos de investigación, espacios propicios para la reflexión, la crítica y la valoración tanto de las conductas que enmarcan el hecho artístico como de las posibilidades de su aprovechamiento y su dinamización en favor de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Las músicas afrocolombianas, por llamarlas de algún modo, han recorrido el camino, son parte de nosotros, están en nosotros.

¿Qué tal si para empezar a abrir el baúl ejercemos el derecho a cantar? Y cuando digo cantar, no me refiero sólo al canto afinado, concebido desde el imaginario occidental de belleza y perfección. La belleza

y la perfección también están en otros modelos, en otros mundos posibles; también están en otras formas, en otras sonoridades, en otras tímbricas. Quizás este gesto nos permita ser menos sonámbulos y más conscientes de lo que vamos siendo. En nuestras sociedades, cada vez más diversificadas, es importante garantizar una interacción respetuosa entre personas y grupos con identidades culturales distintas y en unos tiempos plurales.

Orhan Pamuk supo leer en su vida lo que significaba el contenido de la valija de su padre, para sentirse más turco, para cantarle a Estambul y para definir su obra como un encuentro de lo local que se entrecruza con la cultura de Occidente que, desde la periferia, construye centro. Como las cantadoras del Atrato, los tamboreros de Palenque o los raperos de la comuna nororiental de Medellín, cada uno en su tiempo, en su territorio y en sus búsquedas...

Alejandro Tobón Restrepo es Doctor en Historia de América Latina y es autor de cinco discos compactos, dos casetes, ocho libros y numerosos artículos sobre etnomusicología. Algunos de sus libros son: *Dicta que dicta. Orientaciones pedagógicas y modelos de ejercicios para el desarrollo de la audición musical* (en coautoría con María Clara Misas), *A los niños de todas las edades. Música de los Andes de Colombia* (en coautoría con María Eugenia Londoño y Jorge Humberto Franco) y *Entre sones y abozos: aproximación etnomusicológica a la obra de tres músicos de la tradición popular chocoana*. Actualmente coordina el Grupo de investigación Valores Musicales Regionales de la Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia, del cual es cofundador. Escribió este artículo para la *Agenda Cultural Alma Máter*.